



Sartorio.



CARTA EDIFICANTE,

En que el P. Antonio de Paredes de la extinguida Compañia de Jesvs.

REFIERE LA VIDA EXEMPLAR

DE LA HERMANA SALVADORA DE LOS SANTOS,

INDIA OTOMI,

QUE REIMPRIMEN LAS PARCIALIDADES

DE S. JUAN Y DE SANTIAGO

DE LA CAPITAL DE MEXICO,

Y LA DEDICAN AL EXMO. SEÑOR

DON MATIAS DE GALVEZ,

Teniente General de los Reales Exércitos de Su Mag., Virrey, Governador y Capitan General de esta Nueva España, Presidente de la Real Audiencia de èlla, Superintendente General de Real Hacienda, Presidente de la Junta de Tabacos, Conservador de este Ramo, y Subdelegado General del Establecimiento de Correos Marítimos en dicho Reyno.

Reimpresa en México, en la Imprenta nueva Madrileña de los Herederos del Lic. D. Joseph de Jaùregui, en la Calle de San Bernardo.

Año de 1784.



Calle de San Bernardo

-:) ✠ (:-

EXMO. SEÑOR.

LA REIMPRESION DE esta Carta edificante tiene el objeto recomendable de proveer las Escuelas y Migas donde nuestros hijos son educados de una especie de Cartilla, en que enseñándose â leer, aprendan al mismo tiempo â imitar las virtudes christianas con el dulce, poderoso, y natural atractivo de vérlas practicadas por una Persona de su misma calidad. Para esto

necesitamos la benigna sombra de V. E., y nos la promete desde luego el amor, ô por decirlo así, la pasion conque se sirve distinguirnos, y conque promueve nuestras ventajas. Jamás podrèmos expresar la gratitud de que todos quedamos penetrados quando teniendo el honor de rendirnos â los Pies de V. E. lémos en su amable semblante los afectos, y registramos en la ingenuidad de su boca, la abundancia de su corazon para con nosotros. Toda la confusion que padeció nuestro natural encogimiento, honrado con una Carta que V. E. se dignó dirigirnos en 12. de Noviembre del año pa-

sa-

sado, no ha sido capaz de mitigar un punto el júbilo y la gloria de que fuimos inundados al leer las expresiones de un Virrey guerrero, prudente, desinteresado, justo, digno en fin, de la alta dignidad que obtiene â unos pobres Indios, pero fieles Vasallos del mayor Monarca del Mundo. Dénse â las Prensas estas expresiones: Ojalá se exculpiesen en los bronces como monumentos preciòsos de la Bondad de V. E. Hijos de nuestros Nietos, Generaciones distantes que nosotros no hemos de vér, vosotras leréis â la frente de esta Obrita el exceso de urbanidad conque un Gefe que no aprecia sino el

méri-

mérito verdadero, supo premiar una corta insinuacion de nuestra lealtad al Soberano. Vosotras leréis, y nuestros Archivos conservarán como un insigne Padron de nuestras glorias estas claúsulas, que el Exmô. Sr. D. Matías de Galvez se sirvió sellár con su firma: *Es prueba nada equívoca de la constante fidelidad, y verdadero amor conque Vmds. como tan leales Vasallos se prestan â la execucion y efectos de los altos y benéficos designios de nuestro Soberano, la generosidad y franqueza conque las Parcialidades presentan la cantidad de 20 ℔ ps. para su imposicion en el Ban-*

Banco nacional de S. Carlos. Porque la benignidad de V. Exeâ. no se quedase en solas palabras, nos previene en la misma Carta, que los hará, como los hizo, embarcar libres de todo derecho, y que los mirará *como una demostracion que debe servir de estímulo y exemplo á otras Comunidades.* ¡Què satisfacion para nosotros que este testimonio de nuestro humilde vasallaje llegue â los oidos de nuestro Monarca apoyado por testigo de la primera autoridad! Si Señor Excmô. La Nacion Mexicana: los Indios que habitan la Capitál del nuevo Mundo, no piensan sino en dar pruebas

al

al Rey nuestro amo de su fiel y reconocida dependencia.

Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años como desea, y ha menester la Nueva-España. México, y Enero 27. de 1784.

EXMO. SEÑOR.

B. L. P. de V. E. á nombre de las Parcialidades de San Juan y Santiago de la Capital de México.

Cosme Miguel de la Mota,	*Juan Ignacio de S. Roque Martinez.*
Govern. de S. Juan.	Govern. de Santiago.

Exmô. Sr. D. Matías de Galvez.

CAR-



CARTA EDIFICANTE,

EN QUE EL P. ANTONIO DE PAREDES DE LA EXTINGUIDA COMPAÑIA DE JESUS, dá noticia de la Exemplar Vida, sólidas Virtudes, y santa muerte DE LA HERMANA SALVADORA DE LOS SANTOS, India Otomí, Donada del Beaterio de las Carmelitas de la Ciudad de Queretaro.

NUNCA PUDO TANTO LA fecunda virtud de la naturaleza, que llegase â convertir en frutal el árbol inculto de la selva. Imposible â que aludió el Soberano Maestro quando predicó, que las espinas no llevaban huvas de cosecha, ni los cambrones higos.

gos. Este prodigio es privativo de la gracia, que como puede levantar hijos de Abrahan de las duras piedras; asimismo le es fácil hacer, que la estéril ensina ostente los nobles frutos de la oliva. Los Indios de este Reyno despues de los muchos años de su conquista, todavia conservan mucho de su nativa rudeza: â exepcion de algunos que avecindados en las Ciudades, comunican con los Españoles, aprenden la lengua castellana, y se reducen â vida política. Pero aquellos que viven en Rancherías distantes de poblado, atendiendo solamente à la labor de la tierra, cuyos groseros frutos son el sustento de sus vidas, perseveran agrestes, quasi bárbaros, y como brutos. Los de peor condicion son los de la nacion Otomì: cũ-

ya lengua dificílima aun de pronunciar es causa de que vivan escasos de doctrina, y mantengan resabios de su gentilidad. De este pues horrible bosque sacó el Padre de las Misericordias à *Salvadora de los Santos*, India Otomì, previniéndola desde su infancia con celestiales bendiciones, para que manteniendo la nativa innocencia hasta la muerte, saliese de esta vida con muchas virtudes meritorias de vida eterna: como constará por la serie de esta relacion, que le irá siguiendo los pasos, desde que entró en el mundo, hasta que salió de èl para la Patria Celestial, donde piadosamente la consideramos.

Fué su Padre D. Joseph Ramirez, Indio principal, de mucha razon, sin vicio alguno, y de buenas costumbres,

originario del Real de Minas, llamado el Fresnillo. Casó con Doña Francisca Martinez, India tambien noble, natural del Pueblo de S. Juan del Rio, y transplantándola à su patrio domicilio, allí se exercitaron ambos en el oficio pastoril: en cuyo intermedio tuvieron por fruto de su Matrimonio diez Hijos, de los quales fué *Salvadora* el complemento, naciendo al Mundo el año de 1701. el dia 25. de Marzo, y trayendo por horoscopo de su felicidad así el Mysterio inefable de la Encarnacion del Divino Verbo, proprio del dia; como el de nuestra salud obrada por nuestro Soberano Salvador el Viernes Santo, que concurrió aquel año con el de la Encarnacion: Por su reverencia se le puso el nombre de *Salvadora* en el

Baptis-

Baptismo, que recibió pocos dias despues, en un Pueblo distante como seis leguas del Fresnillo, llamado el Rio de Medina, donde à lo que se discurre estaban avecindados Salvador Gonzalez, y Maria Flores, Españoles honrados, Padrinos de la Infanta. Corridos doce años D. Joseph, y su Esposa se restituyeron á su Casa solariega de S. Juan del Rio, donde fixaron su habitacion, manteniéndose de su trabajo personal, y oportunas industrias: porque D. Joseph á mas de una corta suerte de tierra, que sembrada para la manutencion de su familia, y una pequeñita grei de ovejas, que criaba para finca de su vestuario, se acomodaba à servir à los Españoles, acompañándolos con toda fidelidad en sus viajes, y haciéndoles con todo

do empeño sus negocios. Por este tiempo recibió *Salvadora* el Sacramento de la confirmacion, siendo de dos años: y fuè criándose con aquel descuido, miseria, y austeridad, que acostumbran los Indios todos con sus hijos, hasta que saliendo de la infancia, pudo ayudar en las haciendas de casa à su Madre. Poco útil era *Salvadora* entonces para aliviarle su trabajo; pero luego mostró un natural pacato, dócil, y obediente, egecutando con prontitud quanto se le mandaba. Podemos discurrir por estos antecedentes, que conservó la gracia baptismal en estos sus primeros años; porque aunque por falta de especies no cultivase virtudes, pero tambien es cierto, que no haviéndole aún tocado al corazon la malicia, tampoco

abri-

abrigó en èl, vicio alguno que manchase su Alma, no conociendo todavia el mal, que havia de huir, y el bien que huviera de abrazar. Hallábase *Salvadora* en esta edad como el barro en manos del Alfarero sin figura alguna; y con indiferencia para recibir, ô la de vaso noble, ô la de vasija despreciable. No obstante, sabemos, que aùn antes de conocer la utilidad, y valor del ayuno, siendo muy tierna, y balbuciente, algunos dias no queria tomar alimento hasta el medio dia, por mas que su Madre le instara; respondiéndole, que queria ayunar. Lo que se hacia mas notable, porque en aquel tiempo se hallaba *Salvadora* paralítica, y sin el uso de las piernas, reducida à una estera, que le ofrecia dura cama. Estos fueron los

pri-

primeros ensayos, de lo que en lo restante de su vida practicó: como que el Señor la havia destinado para confusion de los prudentes del siglo, y exemplar de los humildes, y pequeñuelos, à quienes descubre los tesoros de la gracia, que esconde à aquellos por su sobervia. Por eso como en lienzo aparejado para la pintura, comenzó el Espíritu Santo à tirar en èl sus lineas, y *Salvadora* propensa como por natural inclinacion à la virtud, se aplicó à aprender las Oraciones, y Doctrina Christiana, deseosa de conformarse en todo à nuestra santa Ley.

A los doze años de su edad convalecida de sus antigüios males, la destinaron sus Padres à la guarda de un chinchorro de ovejas, que poseían. Siendo

el

el oficio pastoril el mas à propósito para la vida innocua, le vino à *Salvadora* al talle de su genio amante de la soledad, en que libremente pudiera dar tiempo à sus particulares exercicios, y no dar lugar alguno à que la malicia le despertára las pasiones. Hallabase gustosa en el empleo, y favorecida especialmente de Dios, como se vió aquel año que fué el de 713. en que haviendo picado fuertemente el mal de rabia en los animales, hacia salir de los bosques à las fieras, à los campos, donde hacian no poco daño à los racionales que encontraban. Solía venir *Salvadora* à la hora de encerrar su grei, à su casa con el vestuario destrozado, y reconviniéndola de aquel destrozo la Madre, le respondia que los Coyotes

rabiosos la havian embestido, y hécho-
le aquel perjuycio. Hacía gran fuerza,
que rompiéndole la fiera la ropa, no
llegáse su diente à lastimar el cuerpo: y
mucho mas, que no le tocáse la baba
que escupia, cuyo contacto era bastan-
te à envenenarlo. El efecto era especia-
lísimo, y parece que no puede dudarse,
que allí obraba la mano de Dios, que
con particular providencia asistia à
Salvadora, para que no le ofendiesen
los animales rabiosos, aùn quando le
despedazan el vestido. Ni por este pe-
ligro, que tocaba, dejó el oficio pastoril,
antes bien hallada con èl, se fabricó en
el campo una pequeñita chosa de pal-
ma silvestre muy pulida, donde se reti-
raba los ratos en que no necesitaba de su
vista su ganado. Aprendió por sí mis-
ma

ma á trasquilarlo, à teñir de varios colores las lanas, hilarlas, urdirlas, y hacer los texidos que necesitaba para su abrigo. Andaba en pós de su rebaño siempre con la rueca entre los dedos. En teniendo hilasa suficiente, disponia su tela, y atándola à un àrbol, que estuviese à la vista de sus ovejas, se entretenia en su texido. En estas obras lucía su ingenio verdaderamente subtil, siendo una de sus empresas remedar en la tela la variedad de flores que veía en el campo, las que sacaba con toda aquella perfeccion, que permitian lo tosco de la trama, y rudeza de los colores. Ofreciósele fabricarse para sì un Hábito, que imitàra el de alguna Religion; porque saboreada con la dulzura de la vida espiritual, deseaba un retiro en que imitar

à los Religiosos, ò Anacoretas. Juntó lana bermeja, y blanca, de la que mezclada texió un sayal del color, que distingue á los Menores descalzos de los Observantes, y de èl hizo un Saco para su quotidiano uso: de lienzo basto se dispuso una toca, y con este nuevo traxe prosiguió como segregada del siglo en su exercicio pastoril, y matriculada en el gremio de la virtud, como escogida para el Cielo.

Yá por este tiempo tenía en la comarca algunas personas de respecto, que gustaban de su comunicacion: Entre èstas una Señora del campo, y de bienes, hallándose embarazada convidó à *Salvadora* para que fuese Madrina en el Baptismo de la Criatura, que albergaba en el vientre. Admitió *Salvadora*

ra el convite, y quedó citada para su tiempo, luego que se le diese abiso del parto. La buena Muger comunicó à su Madre esta su determinacion: pero fué muy mal recibida, porque la Madre pensaba, que desmereceria su Nieto en la estimacion comun, si lo baptizaba una India, y que seria esta una mácula, que le saldría à la cara. Por lo que entre las dos resolvieron ocultarlo â *Salvadora* quando viniese al parto, y elegir prontamente otra Madrina Española: desuerte, que quando llegáse à noticia de *Salvadora* el parto, yá estuviese executado el Baptismo. Estas cuentas se hicieron Hija y Madre, pero Dios con especiales circunstancias se las burló, disponiendo que de repente se apareciese *Salvadora* en la casa;

y preguntada de la causa de su venida; ella respondiese estas palabras: *Si está de Dios, que yo saque de pila à la Criatura, no por eso padecerá descrédito alguno, porque antes del año se irá al Cielo.* La Señora mayor viendo revelado su interior, quedó confusa, y sin atinar à dár satisfaccion al reclamo de *Salvadora.* Lo mismo la Hija, que havia guardado un gran sigilo en lo determinado. Creció el asombro con el no esperado suceso del parto; porque haciendo juicio la preñada de que tardaria su hora, algunos mas dias, *Salvadora* como que la supiese midió el tiempo, y se le hizo presente la víspera de que llegáse. Al dia siguiente se siguió el aprieto, y haviendo nacido felizmente un Infante sano y robus-

to,

to, *Salvadora* lo amadrinó, y concluida la funcion se retiró á su chosa. El Niño fué corriendo sin novedad en la salud algunos meses: mas despues comenzó â sentirse enfermo, y por último segun el anuncio de *Salvadora*, fue à cumplir à la Gloria el año de su edad. No les cogiò de susto à los Padres el infortunio, porque yá *Salvadora* se los havia prevenido, y ellos con la experiencia de los antecedentes pasajes siempre estuvieron aguardándolo. Confirmáronse en el buen concepto, que havian formado de *Salvadora*, suponiendo, que Dios la gobernaba, y descubria los mayores secretos, quando vieron que à pocas horas de muerto el Niño llegó un Hermano de *Salvadora* antes que saliera de casa la noticia, pidiendo de par-

te de su Hermana el cadaver del Ahijado para hacerle el entierro. No se atrevieron à negárselo, quando no podian menos que reconocer en los arbitrios de *Salvadora* la mano del Altísimo, que tiene puestas sus atenciones en los humildes de corazon, y desechos del mundo, desahogando sus asombros con publicar los pasos de la historia, y ponderarlos como milagrosos para gloria de Dios, y crédito de su Sierva.

La que aunque continuaba su vida innocua trabajando siempre con las manos, y con la lengua alabando à Dios, cuyo exercicio era cantar Oraciones, sin perder de vista su rebaño, ni apartar su espíritu del Cielo, para tener aqui fácil recursó deseó notablemente saber lér. Conocia que haciéndose capaz de

lo

lo que contenían los libros, ellos le en señarían con seguridad el camino del Cielo, la práctica de las virtudes, y modo de agradar â Dios. Púsose en el empeño de aprender, y no teniendo Maestro, que la aleccionase, consiguió preguntando à los que podia el conocimiento de las letras: despues con sumo trabajo, y aplicacion las fuè juntando, hasta que llegò â entender las dicciones, y leer corrientemente los libros. Aprendiò asimismo à mal formar los caracteres, imitando los que observaba en los manuscriptos. Con este subsidio pudo usar yá de algunas Novenas, hacerse dueño de las vidas de algunos Santos, y aumentar devociones. Una de estas era la del *Via Crucis*: para la que fabricò las correspondientes Cruces, y las fixò en

en un collado, donde hasta ahora perse-
veran algunas como monumentos de
su piedad. Frequentemente las visitaba
rezando en cada una de ellas la Esta-
cion acostumbrada, y trayendo á la
memoria el paso correspondiente de
la Pasion de Nuestro Salvador Divino.
Y como el camino del justo imita los
progresos del dia, ya por este tiempo
se hallaba *Salvadora* muy aprovecha-
da en el espiritu. Oía todos los dias
Misa, y siempre que tenìa oportuni-
dad frequentaba los Sacramentos. Por
las Quaresmas discurren los Curas por
las poblaciones de su distrito, para que
cumplan con los preceptos de la Santa
Iglesia sus Feligreses; y en sabiendo
Salvadora, que yá los Padres anda-
ban en este negociado, acudìa á la casa,

en

en que se hospedaban, y todo el tiempo de su mansion les estaba sirviendo, asi en la piedra para molerles el pan, que havian de comer, como en la cocina para atizar el fuego, partir la leña, y fregar los trastos que havian de ir â la mesa con las viandas. El interes que en esta taréa se proponia, era confesarse, y comulgar siempre que pudiese: diligencia, conque conservó la pureza de cuerpo: y mente, sin que llegase alguna vez à manchar su alma con culpa grave: porque verdaderamente podemos decir que se connaturalizó con la Virtud experimentando una grande inclinacion á todo lo bueno, y horror notable à todó lo malo. Temia, y amaba á Dios à quien tenia presente en todo tiempo, y por agradarle se privò de las conveniencias,

que

que pudiera lograr en su esfera. Despreció al mundo, vivió pobre, hacia guerra à su carne, reprimia sus apetitos, frequentaba la oracion, y porque el sueño la vencia quando estaba en este santo exercicio, el remedio que hallò para vencerlo, fué meterse baxo los brazos ásperos cardones, que causándole graves dolores con sus espinas, la tenian en vela, y esta mortificacion era sin perjuicio de las crueles disciplinas, con que yá entonces maceraba su cuerpo, y otras penitencias arbitrarias, que usaba.

Yá estaba *Salvadora* de sazon para ser transplantada del campo en que vivia à su libertad, à la Casa de Dios, donde regulando la obediencia sus acciones, se hiciese exemplar de virtudes, y puesta como hacha sobre el candelero alum-

alumbrara con su luz, no solamente la casa de su habitacion, mas tambien la Ciudad toda, que la havia señalado el Señor para teatro de sus correrias. D. Joseph Ramirez su Padre servia à tiempos á D. Juan de Dios de Estrada, vecino honrado de la Ciudad de Queretaro, acompañándole en los viages que hacia á otros Lugares: con esta ocasion sus Hijas tuvieron comunicacion con las del Amo, y quando venian à la Ciudad posaban en su casa. Vino una entre otras veces *Salvadora* à pasar la Pasqua de Navidad à Queretaro, y saliendo la noche buena à vér Nacimientos en compañia de sus caseras, estas la llevaron à la casa de la Hermana Maria Magdalena del Espíritu Santo, Beata Carmelita, en circunstancias de estár tirando las li-

neas primeras para un Beaterio, que intentaba fundar, y para el qual yá las Hijas de D. Juan estaban admitidas. Havia èsta puesto un Nacimiento tan devoto como lucido, y lo mismo fué verlo *Salvadora*, que quedar sorprendida de una ternisima devocion al Mysterio, que tenia á los ojos: que quiza no seria mayor si estuviera en el Portal de Bethlen, quando apareció hecho Hombre en el pesebre el Divino Verbo: porque la viveza de su fé, le hacia presente al Niño Dios en aquel abatimiento, á la Santisima Virgen contemplando aquel exceso de fineza, al Señor S. Joseph adorando visible á su Soberano: á los Angeles cantándole la gloria, y á los Pastores reconociéndole con los donecillos, que les ministró su pobreza. Como ella exercita-

citaba este oficio, quisiera incorporarse con aquella pastoril comitiva para obsequiar en quanto pudiese al Niño Jesus, que fue el objeto de sus ternuras, las delicias de su amor, y el imán de sus afectos, desde esta noche en que se le representó recien nacido: y como que le havia llevado el corazon, hizo ánimo de quedarse en aquella casa, donde havia encontrado su dicha, y agregarse à las Beatas, que estaban yá para juntarse con la Hermana Magdalena en la casa, que yá èsta havia prevenido, sin otros fondos para su sustento, que los de la divina Providencia, que nunca falta à las almas que buscan el Reyno de Dios. Lo que considerando *Salvadora* se ofreciò á la Hermana Magdalena para cuidar, servir, y solicitar limosna para aquella

lla nueva Comunidad, que despreciando las necesidades de la vida temporal, su deseo era huir del siglo para darse á Dios en un retiro. Apoyaron la pretension el empeño de D. Juan, y los ruegos de las Hijas, á que se siguiò el deseado efecto; porque *Salvadora* era alta de cuerpo, fornida para el trabajo, de notoria virtud: y la nueva fundacion necesitaba de una Sirviente, que atendiese à los ministerios domésticos, saliese à la calle à las diligencias ocurrentes, y fuese el alivio todo de las nuevas Carmelitas, que se retiraban del Mundo: razones, que motivaron à la Hermana Magdalena à admitirla en qualidad de Donada, como con efecto aquella noche la admitiò, y como enviada de Dios agregò á sus Súbditas.

El dia primero de Pasqua 25. de Diciembre año de 1736. comenzó *Salvadora* â seguir vida de obediencia, y luego que se vió en el domicilio Carmelitano, lo primero que hizo fué ofrecerse con todo afecto â Dios, proponiendo firmemente en su corazon seguir hasta la muerte aquel tenor de vida. El inmediato dia de los Santos Reyes con aprobacion del Padre Espiritual, que dirigía â aquella piadosa grey, Religioso Carmelita, y Varon de mucho espiritu, hizo voto de castidad, la que aunque siempre havia guardado exâctamente, pero sin la nueva obligacion del voto, que la imposibilitó aún para el Sacramento del Matrimonio. Fué grandisimo el gozo que tuvo, considerando que à imitacion de los Monarcas Orien-

tales le havia hecho donacion del tesoro de su virginidad al tierno Jesvs, reconociéndolo desde aquel punto por su Esposo, y dueño especialmente suyo. Desde el dia primero que entró en aquel santo retiro, que yá poblaban Angeles con apariencias de Mugeres, comenzó *Salvadora* á servirlas con todo el esmero posible. Madrugaba para asear la vivienda, conducir en sus ombros el agua que se havia menester: corria todas las diligencias que en casa se ofrecian, y se hizo cargo de buscar limosna por la Ciudad para la manutencion de sus compañeras: exercicio, que continuó sin intermision, hasta que la rindió al lecho la maligna fiebre que le quitó la vida. El tiempo que le sobraba de sus diarias haciendas no estaba ociosa, empleán-

pleándolo en hacer sus texidos. Ataba à un naranjo, que havia en el pátio su tela, y haviendo puesto en el árbol dos calandrias, que havia criado, èstas allí se estaban, como pudieran, en la jaula, ni se movian, ni se espantaban, ni huían de los que se les acercaban. En el tiempo que *Salvadora* estaba en su tarea, las avecitas la daban música, y bajándose por la tela se la subian à la cabeza, de aqui se la pasaban al ombro, y de aqui al regazo. Era sin duda esta sympatia de las aves con *Salvadora* efecto de su candidez, è innocencia, por la que lograba algunas regalías de las que gozaron nuestros primeros Padres los pocos dias que habitaron el Paraiso. Esta gracia de domesticar aves fué en *Salvadora* muy antigua, pues desde que

comenzó à ser pastora, las criaba en su choza; y aun teniendo estas yà alas suficientes para levantar el veulo, no se apartaban de ella, siguiéndola como lo hicieran con su Madre.

Gustosa vivia *Salvadora* en aquel santo retiro, como que allí havia hallado lo que deseaba para servir á Dios apartada de los peligros del mundo: pero pasados algunos meses se la aguó el gusto; porque Doña Josepha de Castilla, cuyo era el solar en que la nueva Familia habitaba, displicentada con sus huespedas las echó á la calle à sus aventuras. El aprieto fuè grande, porque no era fácil hallar de la mañana â la noche alvergue para seis individuos, que yá eran entonces, y al menos necesitaban de una pieza capaz, y apartada del co-

mer-

mercio comun. Hallaron si nó lo que deseaban, al menos un domicilio en que acogerse, mientras no se les proporcionaba otro de mayor comodidad. Aqui se mudaron executivamente siendo *Salvadora* el jumento que cargaba en sus espaldas el menaje humilde, y pobres trastos de aquellas que carecían de un todo, y andaban vageando por la Ciudad sin hallar lugar cierto, en que fijar su habitacion, hasta que con ocasion de haverse agregado al reciente Beaterio tres Doncellas virtuosas, sobrinas del Br. D. Diego Colchado Clérigo pio vecino de Queretaro, y su noble patricio, este les hizo donacion de una casita, y es la que al presente habitan como propia. Dispúsose en forma de claustro religioso con zahuan, Capilla, Choro,

Por-

Porteria, y Locutorio como ahora se vé: inmediatamente se obtuvo despacho del Exmò. Illmò. Señor Dr. Don Juan Antonio de Vizarron, en que erigìa canonicamente aquella nueva planta en Beaterio, sujeto inmediatamente â la Mitra, con rigorosa clausura, y Capellan proprio para su gobierno. Vino esta providencia víspera de Nuestra Señora del Carmen: contingencia que dió bastante à entender, que aquella fundacion era obra de la Gran Reyna, y que la tomaba bajo su proteccion. Asi lo ha comprobado el efecto, pues haviendo sido sus principios muy débiles, se ha mantenido mas de quarenta y dos años, dilatándose el fondo de su vivienda, fabricádose en èl muchas piezas para el desahogo, surtídose de alhajas su Capilla,

lla, metídose el agua limpia para que salte en una fuente, y llegado el número de las Beatas á diez y ocho, ha experimentado siempre admirables asistencias de la Providencia Divina. Estos temporales adelantamientos han sido connaturales efectos de la vida santa que en aquel claustro se practica, siendo como un Relicario, en que tiene Queretaro mucha virtud atesorada.

De esta era la muestra *Salvadora*; pues saliendo á la publicidad de la calle en demanda de la caridad: que asi llamaba ella â la limosna, iba con paso grave, los ojos bajos, y singular modestia. Llevaba las manos ocupadas yá con el Rosario, yá con alguna obrilla de texido por no estár ociosa aún aquel tiempo, en que salia á hacer sus diligencias.

Habla-

Hablaba muy poco, y solamente siendo preguntada. La perspectiva de su traxe era á mas de despreciable verdaderamente ridícula: porque era una como capita de sayal pardo raido: una toca desaseada, que la cubría la cabeza de lienzo burdo: á las espaldas un gran sombrero blanco de los que usan en sus caminos los Padres Carmelitas, y debajo del brazo un cesto, en que juntar sus limosnas. La figura era estraña, y no podía menos que provocar â risa vér à una India con una grande mesura en aquel Abito, que parecía de mogiganga. A los principios fué el objeto de los escarnios; pero así que fue conocida se convirtieron los escarnios en veneraciones. Aun los muchachos, que con menos motivo se burlan de lo que vén exotico

tico en las calles, acercándose â ella la saludaban afables; y *Salvadora* aprovechando la oportunidad, rezaba con ellos las oraciones, les enseñaba la Doctrina Christiana, y les daba santos consejos. Recorria las casas de varias Bienhechoras que tenía, las que la recibían con agrado, y la correspondian con oportunas caridades para su Beaterio. A mas de esto suponiendo, que comunicaban con una Sierva de Dios, la referian sus aflicciones, y *Salvadora* las consolaba exhortándolas á la resignacion en la divina voluntad. Muchas veces la pedían que encomendase al Señor algun negocio; y *Salvadora* nunca se hacía cargo de la peticion, sino que respondía: *daré de ella parte á las Hermanas, para que interponien-*

niendo sus oraciones alcanzen de Dios lo que se desea. Con esta moderacion manifestaba *Salvadora* los quilates de su humildad: pues remitiéndose siempre á las Hermanas, intentaba que el buen efecto si se seguía, como se siguió muchas veces, se atribuyese al mérito de èstas, no al suyo, juzgándose indigna, y aun incapaz de ser oida en el divino Consistorio. De aqui pasaba al mercado con su demanda: y como era India la miraban con amor las Vendedoras, alegrándose de que una de su especie fuera tenida por Santa, y pagadas de su modestia la proveian de quanto llevaba la feria. Haviendo llenado su cesto, venía cargada con él al Beaterio, traíendo fruta, hortaliza, y miniestras para su provision. Depuesta la carga vol-

volvìa otra vez á lo mismo, haciendo muhos dias tres viajes, porque nunca le faltaba que traër à Casa. Llamábanla por eso algunas Personas discretas la hormiga harriera, porque continuamente estaba traíendo provision al Beaterio, y algunos reales conque la socorrian los piadosos. El séquito que se havia conciliado en las plazas era grande, fundado no solamente en su edificativo porte, mas tambien en la utilidad, que interesaban las Indias con su trato, encargándola sus negocios, y logrando por las oraciones de *Salvadora* la salud de sus enfermos, el hallazgo de sus pollinos, y la buena venta de su verdura.

Algunos dias quando hallaba quien le prestara caballeria, salia por los barrios distantes, ranchos circunvecinos,

y solares extramurados: en los que era recibida de los Indios con veneracion, y socorrida con liberalidad: de suerte, que restituida al Beaterio entraba á èl con varios cestos, y envoltorios, en que venian mantequillas, requesones, quesitos, elotes, tamales, calabazas, y todas aquellas vituallas, que llevaba el tiempo. El trabajo era grande, pero *Salvadora* no lo omitia, quando esperaba que havia de aprovechar su diligencia. La que acreditò Dios con un caso tan especial, que pudo calificarse milagro. Estaban en una esquina varios mancebos divirtiéndose con un caballo demasiadamente brioso: al que haviéndole echado con grande trabajo la silla, no havía ginete que se atreviese â montarlo: por que lo mismo era acercárse-

le

le alguno, que partírsele á corcobos. A este sazon iba pasando por la calle *Salvadora*, y burlándose de ella el dueño del caballo le dixo: *Salvadora ay tienes este caballo para que vaias hoy á tu limosna*: *te atreves à montarlo*? Respondió *Salvadora* como solía: *Con la gracia de Dios por què no*? *Pues ay lo tienes*, le dixo el dueño, *hasta el medio dia*: pensando que el bruto no admitiría tal carga. Pero *Salvadora* tomando del cabestro al potro, puso el pie en el estrivo, y se asentó en la silla. Admiró á los presentes la intempestiva mansedumbre del caballo, y creció el pasmo, quando à las onze del dia vieron venir á *Salvadora* con un envoltorio en la grupa, y dos cestos por delante, de lo que havia juntado en aque-

aquella expedicion, y haviéndolo descargado en el Beaterio, restituyó al dueño agradecida su caballo con la mejora de su mansedumbre, que testifican personas dignas de toda fee, y de distincion en la Ciudad. Ni se contenía su actividad en los contornos de èsta: se alejaba tambien â las labores de la comarca, y emprendía viajes â varias poblaciones distantes, quales son el Pueblo de Apaseo, Ciudades de Salvatierra, y Valladolid, quando lo pedía la necesidad, y se prometia alguna buena limosna, sin que la acobardaran las fatigas, peligros, y continuas incomodidades de los caminos, fiada en la divina Providencia, que cuidaba de su buena conducta: como lo experimentó en cierta ocasion, que haviendo caido enfer-

fermos dos zagales, que la acompañaban, le fue preciso hacer noche en el campo para velar unos jumentillos, que conducia para su limosna. Recostóse bajo de un árbol para engañar al sueño; pero al ponerse en pie por la mañana, se sintió en el seno con un pesado vulto, y reconociéndolo, halló una vívora muerta, que haviendo ido à fomentarse con el calor del cuerpo, se acomodó en aquel lugar, y ella al voltearse, con la cabeza de un Santo Christo de bronze, que traía siempre pendiente del cuello, bien abultado, le magulló la suya al insecto. Con tal vista quedó *Salvadora* horrorizada; pero dando gracias al Niño Jesus, su inseparable compañero, por el beneficio de haverla librado de aquel peligro, en que estuvo su

vi-

vida, durmiendo con un animal venenoso en el pecho parte de la noche, continuó su derrota sin apartar de Dios sus pensamientos. En todas las posadas intermedias, difundiendo en los proximos el buen olor de Christo, que guardaba en su interior, los exhortaba á que amasen el Sumo Bien, y para que les entrara con suavidad el documento les cantaba versos, que como saëtas sacaba de la aljaba apostólica, que siempre para este fin llevaba consigo, no perdiendo ocasion en los caminos de excitar piadosos afectos en los que la hospedaban. Concluida su peregrinacion, se restituia al Beaterio gustosa de haver hecho la voluntad de Dios, y dado en obsequio de la obediencia muchos pasos, aunque algunas veces con poco, ó ningun temporal fruto.

De

De estas correrias necesariamente volvía *Salvadora* â su casa abrasada de los soles, molida de las cargas que diariamente conducia á su claustro traspasada del frio en el hibierno, y en tiempo de aguas, mojada de cabeza â pies. Con este quasi inmenso trabajo no pudo menos, que desmerecer su robustez, especialmente en los últimos años de su vida, que pasó tolerando graves dolores en los huesos, zumbidos de oídos, y desvanecimientos de cabeza; pero nunca pretextó enfermedad alguna para lograr correspondientes alivios. Veinte y seis años habitó en compañia de las Beatas, y hasta que cayó en la cama para morir, no alteró un punto su taréa sirviendo à las Hermanas el último dia que se mantuvo en pie, con el

mismo amor, esmero, y puntualidad que el primero, en que se agregó al Beaterio. Todo este tiempo estuvo esta santa India atesorando méritos para la eternidad, sin perder punto de perfeccion, que con la divina gracia pudiese alcanzar; porque anticipando las haciendas de casa, asistía puntualmente al Choro, donde hacia los exercicios espirituales, que las demás Hermanas, oyendo Misa con especial devocion, teniendo la oracion que prescribe la Regla, y recibiendo el Pan del Cielo como mantenimiento quotidiano. Si alguna vez por serle necesario, salia temprano â la calle antes que se ministrara la Sagrada Comunion á la Comunidad, comulgaba en alguna de las Igelsias por donde pasaba à sus diligencias. Mas quando al-

güna duda le inquietaba la conciencia, aunque fueran las diez del dia, subía â la Iglesia de la Santa Cruz â reconciliarse, y comunicársela â su Confesor, que lo era un Religioso muy espiritual de aquel Colegio. Aqui apacentaba su Alma con el Eucaristico Sacramento, y haviendo dado las gracias al Señor por este beneficio bajaba la loma bastantemente abochornada, pero muy gustosa por haver serenado su conciencia con la vista del Confesor. Siempre que salia de casa se iba derecha â la del Padre Capellan, á quien puesta de rodillas, le pedía su bendicion, y le besaba la mano. Sucedía á las veces que el Padre Capellan estuviese fuera, y entonces suplía su falta una morenita que lo cuidaba, besándole la mano puesta de rodillas, y pidién-

dole la bendicion. Despues iba á su limosna sin perder á su Dios de vista para dirigir á gloria suya los pasos, molestias, y sucesos de aquel dia. Quando daba la vuelta la primera estacion era al Padre Capellan, á cuya presencia se postraba, y haviéndole besado la mano, volvía á recibir la bendicion. Con este acto de reverencia, manifestaba la veneracion que tenía al que era Padre del Beaterio. La misma daba á su Confesor, á quien si èste no le mandaba que se pusiese en pie, le hablaba arrodillada, aunque fuera en la calle, y una vez sucedió que en esta postura le oiese todo un Sermon, por que el Padre no le mandó que tomara asiento. La estacion segunda era en la Capilla del Beaterio, donde adorando á su Señor Sacramen-

tado, avivaba la fee de tan Soberano Mysterio. La tercera era presentarse â la Prelada para darle cuenta de lo que en su demanda le havía pasado: y haviendo pagado este tributo á la obediencia, se retiraba á una estrecha choza, que por sus manos se hizo entre los árboles de la huerta de la misma forma y material, que usan los Indios.

Aqui hacía sus devociones leyendo libros espirituales, haciendo novenas, y levantãdo à Dios el alma con oraciones vocales como à unico objeto de su amor, de quien confiadamente esperaba los auxilios de su gracia para su santo servicio, y las providencias de su paternal misericordia para el socorro del Beaterio. En el que faltando muchas veces lo nescesario para el susten-

to,

to, y proponiendoselo la Prelada á *Salvadora*, esta le respondia con grande serenidad: *Dios nos proverá, para eso es nuestro Padre*; y como si fueran oráculos sus dichos, luego venia el remedio de la necesidad. Por eso traía siempre en los labios estas Jaculatorias: *Hagase la voluntad de Dios*: *sea Dios bendito*: *gracias â Dios*: por que en la realidad le asistia el Padre Celestial con evidentes providencias para el socorro de las necesidades ocurrentes, que no eran pocas: porque manteniéndose el Beaterio de limosnas, que algunos devotos le ministran, y siendo crecido el número de sus individuos: muchos de ellos enfermos habituales, havia dias, en que amanecia la Prelada sin tener una blanca, que gastar: y el re-

curso era *Salvadora*, quien reconviniendo à su divino Padre, salia à la calle, y nunca volvia à casa, sin la precisa provision de aquel dia. De aqui tomaba ocasion la santa India para bendecir à Dios, y esperar sin temor alguno de su paternal providencia los subsidios oportunos para la vida. Esta confianza suponia en *Salvadora* mucho fuego del amor divino: y era asi que sus afectos todos se dirigian à Dios, ofreciéndole quanto de la mañana à la noche hacia, pensaba, y proferian sus labios. Todas sus delicias tenia en Jesus Niño: à quien acompañaba con la consideracion en el desabrigo del Portal, en que nació, y valiéndose de las meditaciones de la Sagrada Pasion, que le sugería la Aljaba apostólica, lo acompaña-

pañaba al Calvario llorando sus afrentas, y los dolores asi de su coronacion en el Pretorio, como de su preciosa muerte en la Cruz: pasajes que con especialidad la derretian el corazon. La devocion que profesó à MARIA Santisima fue muy constante, y sólida, gloriándose de ser hija de la Virgen del Carmen, cuya divisa traía siempre consigo; y por cuyo obsequio servía à aquella Comunidad, que la gran Reyna se havia congregado para sus delicias. El afecto que tuvo al Santisimo Patriarca Señor San JOSEPH, fue tambien singular; por eso aunque era total su pobreza, se esforzaba quanto podia por adornar la Estatua del Santo, deseando con ansia que todos los Christianos fueran sus devotos, y se valieran

co-

como ella, de su Patrocinio. Por estos medios refinaba el amor, que tenia puesto en su dueño Divino, siendo su fin agradarle quanto pudiese; y por eso procuró conservar su alma pura de toda culpa grave, asi en el campo que fué su primer teatro, como en el Beaterio, donde vivió veinte y seis años, sin faltar à los exercicios espirituales que le pertenecian, continuando sus penitencias, y sirviendo como una esclava à las Beatas, como que en ellas reconocia unas almas justas, Esposas del Divino JESUS, y escogidas de Dios para su santo servicio. Por este soberano respecto en sana salud las aliviaba del trabajo doméstico, y en tiempo de enfermedad les solicitaba las medicinas, las consoloba; y les traía de fuera lo que apete-

tecian: como que con estos servicios desfogaba el amor divino que la abrasaba el pecho, pudiendo decir con el Apóstol, que la caridad de Dios no le permitía sosiego, sino que la urgía á estar siempre amándolo.

Ni se contenía en el recinto del claustro su caritativa compasion. Se estendía tambien á los de fuera: donde si encontraba algun menesteroso, le socorría dándole de lo que llevaba, y tal vez volvía á casa sin túnica, porque se havía privado de aquel abrigo por cubrir la desnudéz de algun pobre. A este fin de socorrer estrañas miserias buscaba desechos de ropa, retazos viejos, y andrajos servibles, los que pegaba unos con otros, y haciendo decentones vestidos, con estos tapaba las carnes de los

mu-

muchachos que encontraba desarrapados, y amortajaba à los defuntos, que hallaba en los barrios sin tener un trapo con que ir al sepulcro. Tal vez se comedía à enterrarlos, como le sucedió viniendo de una de sus peregrinaciones. Llegó à un rancho donde halló yá para morir de viruelas à un pobre Indizuelo, y à la Madre sumamente apurada, porque en aquel páramo no havia Sagrado en que enterrarlo en caso de muerte. Rogóle à *Salvadora* que se lo llevara consigo, para que en muriendo le diera sepultura en la primera poblacion que encontrase. Hizóse cargo *Salvadora* del moribundo, y à imitacion del Evangelio Samaritano lo puso sobre su jumento, y cuidándolo por el camino, el efecto fué, que quando

lle-

llegó à Queretaro yá estuviese sano su alumno. Se esmeró en su convalecencia, lo proveió de vestido, le enseñó la Doctrina Christiana, y le llevó à su Padre espiritual, para que este lo habilitara, y lo instruiera en el modo de confesarse: suponiendo que el muchacho à quien havia librado de la muerte era suyo, y que como tal le acompañaría en sus viages, y le sería de no poco alivio para la coleccion de su limosna, asi en la Ciudad, como en el campo. Pero à pocos meses quedó burlada su esperanza, porque viniendo la Madre à Querétaro se lo llevó consigo, sin hablarle palabra à *Salvadora.* La que quedó muy consolada, por haver hecho aquella obra de caridad con el proximo, y conseguido su salud. No se la
diò

diò à pocos en la Ciudad, pues se sabe de boca de los mismos interesados, que en las casas que visitaba, si havia algun enfermo no se salia sin verlo, consolarlo, y aplicarle algunas medicinas caseras, que havia experimentado eficaces para aquella enfermedad. Despues poniéndole las manos en la parte doliente, y rezándole el cántico de la *Magnificat*, ò le daba sanidad perfecta, ò por lo menos un alivio, que iendo siempre á mas terminaba en convalecencia, supliendo su devocion, y fé los barbarismos de la pronunciacion. El mismo buen efecto experimentaron algunas Mugeres en partos dificiles, à las que poniéndoles las manos en el vientre, y rezándoles el cántico de la gran Señora, les hacìa dar felizmente à luz

la

la criatura, que atravesada en el alver-
gue materno las ponia en trance de
muerte. Como esta gracia de curacio-
nes se hizo notoria por el distrito, en la
Porteria del Beaterio la esperaban mu-
chos Indios, que padecian de llagas,
para que *Salvadora* los curase, apli-
cándoles por su mano algun medica-
mento, como que fiaban mas que de la
eficacia de èste, de la virtud de la mano
que lo aplicaba. Recibialos *Salvado-
ra* con amor de Madre, y curándolos
segun su caridad le sugeria, los despa-
chaba consolados. A lo que parece no
eran pocos los que sanaban, y le venian
à dar las gracias por el bien recibido,
atribuiéndose no tanto à la energia del
apósito, que era arbitrio, quanto à la
grande fé del que lo recibia. Por eso
se

se concilió entre los Indios tanto séquito, que no rehusaban hacer en su obsequio lo que *Salvadora* les pedia. En las fiestecitas del Beaterio se poblaba la calle de tambores, atabales, clarines chirimias, y trompetas, que traìan los Indios de los barrios, los que venian à tañer sus instrumentos sin paga alguna por solo el convite que les havia hecho *Salvadora*.

A la caridad corresponde la limpieza de corazon, porque el amor divino no consiente afecto bastardo en los corazones, que enciende. Y porque de esta no puede haver otro arbitrio, que la propria conciencia, solamente dirè que los Confesores á quienes descubría con toda ingenuidad la suia, aseveran que fué su pureza angelical. Como temero-

merosa de Dios, desde niña à poca diligencia pudo conservarse pura en el oficio de pastora, exercicio el mas aproposito para vivir sin malicia, y mantener la inocencia de la primera edad. Trasplantada al Beaterio dió principio à su nuevo estado con voto que hizo de ser pura en el cuerpo, y en el espíritu. Su vida austera, su circunspeccion y modestia son bastante prueba, de que à su alma no entraban especies que le excitaran carnales apetitos. De los tres enemigos que nos combaten, la carne estuvo siempre sujeta al espìritu. Asimismo el Mundo siempre la respectó como à Muger santa, siendo cosa muy notable, que andando *Salvadora* por los caminos sola, y comunicando en la Ciudad con Indios, testifica su Confe

sor-

sor, que no huvo alguno tan descarado, que le hablara palabra menos limpia, provocativa à pecar. Solamente el Demonio parece que una vez intentó hacerla caër en una inhonesta tentacion. Iba cierta vez *Salvadora* á la Ciudad de Salvatierra, sola con el fin de su limosna, y repentinamente se le puso al lado un Vaquero tan mal agestado, como libre, que con acciones, y palabras la incitaba à torpeza. *Salvadora* entonces huyendo el peligro, le dixo al mal Hombre: *Apàrtate de mì, mira que tengo en defensa mia la vara del Señor San Joseph.* Porfió en acercársela el Vaquero, y *Salvadora* sacando un huso de hierro, que llevaba consigo le dió un buen piquete, con lo que lo apartó de sì. Mas porque al ins-

tante se desapareció de la vista, se puede con buen fundamento discurrir, que aquel vestiglo era el espíritu de las tinieblas, que en figura de Vaquero, venia à vér si podia amancillar la castidad de *Salvadora.*

Conservase la castidad con la penitencia, que enflaqueciendo al cuerpo, no le permite que se rebele contra el espiritu. El de *Salvadora* estaba tan humillado, que se puede afirmar sin ponderacion, que no experimentaba los movimientos aún primeros de la concupicencia. Desde sus juveniles años comenzó á alimentarse del ayuno, à usar de la diciplina, y ponerse como cilicios bajo los brazos cardones espinosos. En el claustro aumentó estos rigores: se diciplinaba reciamente aùn quando

do tenía muy quebrada la salud: su alimento era tan moderado, el que precisamente pedia la necesidad, y no lo tomaba hasta el medio dia. Reduciase èste à legumbres, verzas, y otras vituallas sin substancia: desuerte que comiendo una sola vez al dia se pasaba ayunando el año todo. Su cama era una piel de oveja sobre una tabla, y su cabezera unas ramas que traía de la huerta. Tenia una Cruz de hierro como de una cuarta sembrada de menudas puntillas en el pecho, y sobre esta se golpeaba tan cruelmente, que horrorizaba à quien desde fuera la oía. Esta Cruz traxo consigo siempre, y conservó en la cama, hasta que las enfermeras se la quitaron con sentimiento suyo; porque tenia grande consuelo, en que sus puntas

se le clavaran en la carne, quando alguna Beata la abrazaba para que pudiera sentarse. Mucha parte de la noche gastaba quando carecia la casa de agua limpia, en sacarla del pozo para regar, guisar la comida, y lavar la ropa: trabajo que se la dobló por reclamo de las Hermanas, à quienes estorvaba el sueño el ruido continuado del carrillo con que la sacaba. En lo succesivo prosiguió sacándola à fuerza de brazos, por no causar perjuicio à la Comunidad. Con este exercicio quedaba sumamente rendida; pero no obstante su cansancio, recogida à su choza no tomaba el sueño, hasta háver concluido sus oraciones, en que no era poco el tiempo que gastaba, de suerte, que àpenas dormia tres, ò quatro horas en la noche. Ni la era menos

nos penoso el dia, fatigando sus miembros con su demanda: para la que daba muchos pasos, corriendo diariamente el ámbito de la Ciudad, y volviendo cargada al claustro en la fuerza del sol, que necesariamente añadia fatiga á su cansancio. No pocas veces recibiò sobre sí furiosos aguaceros, que la penetraban al interior: al tanto que los hielos en el hibierno, que siempre le cogía en escampado haciendo sus faenas de asear la casa, y otras que la necesidad lo ofrecía. Con estas austeridades no se concibe que insultara la carne, ni que èsta sugiriese al pensamiento especie alguna de lascivia.

Con tanto padecer hizo *Salvadora* naturaleza el sufrir, acompañando con una invicta paciencia una inalterable

ble mansedumbre. ¿Quien la vió alguna vez alterada? ¿Quien le oió palabra iracunda? ¿Quien reconoció en ella afecto vengativo, accion descompasada, ó movimiento que indicase turbacion en su voluntad? Reprehendiala la Superiora quando erraba, ponderándole su falta, y *Salvadora* oiendo con humildad la correccion, ni levantaba del suelo los ojos, ni desplegaba los labios para su defensa. Las Hermanas aunque gente virtuosa, mas como Mugeres tienen sus genios unas prolijos, otras violentos, otras ásperos, y si *Salvadora* alguna vez no acertaba à darles gusto en lo que la mandaban, el desahogo eran regaños, apodos, y dichos picantes. De los que no haciendo la paciente India caso, proseguia obse-

quian-

cuiándolas en quanto podia. Nada en mi juicio acreditó la virtud de *Salvadora* tanto como esta mortificacion continuada por veinte y seis años. Aún siendo una sola la ama à quien servìa, haverla tolerado por tanto tiempo, seria mucho de admirar: siendo muchas, ya se ve, que en servirlas acrisoló su paciencia invencible á los golpes, conque tantos martillos la exercitaban. Cierta vez una Portera de mala digestion revestida de zelo por la observancia regular, porque volvìa, entrada ya la noche *Salvadora*, la recibiò con una tempestad de improperios, y tratamientos muy pesados. El caso era, ò para encolerizarse, ó para reconvenir á la Portera, ò para ir con la querella á la Prelada ; y aun para tentarse en la vocacion:

pues

pues era sinrazon enorme, que sirviendo *Salvadora* como una esclava por sola su voluntad al Beaterio, el pago fuesen tan malos tratamientos. Asi sucederia si *Salvadora* no tuviese muy mortificada la irascible, y para ella no fueran lo mismo los vituperios, que las alabanzas ; las injurias que los obsequios, las heridas que los alagos: porque ni estos la lisongeaban el gusto, ni aquellas hacian mella en su ánimo. Despues de tan aspero pasaje, quedò como si se le huviera hecho un buen recibimiento, sin acordarse jamas de lo sucedido, ni mudar de estilo con la Portera hablándole como antes con amor, agrado y respecto. Al medio dia, aunque fatigada de la limosna, se presentaba en la cocina para ayudar à la cocinera el

tiem-

tiempo que tomaba la Comunidad su refeccion, la que concluida se retiraba à un rincon, y sentada en el suelo esperaba su racion, que siempre era de lo que sobraba en las ollas, y recibia quando la cocinera se la ministraba. Muchas vezes ofuscada èsta con sus agencias, tardaba en darle à *Salvadora* su alimento, y siendo asi que siempre se hallaba afligida de la hambre, como que no havia tomado desayuno en toda la mañana, no por eso reconvenia à la cocinera de su tardanza, sino que como pobre mendiga esparaba silenciosa, à que se acordara de ella. Sucedia asimismo que haviéndole dado el plato primero, se descuidase en darla el segundo, ò que ministrándola la vianda, no la diese pan para comerla; y *Salvadora*

usan-

usando de su acostumbrado silencio, toleraba la falta, levantándose de su asiento todavia mal satisfecha para ir à su choza à hilar lana, y texer rebozos, con que en tiempo de frio se abrigasen las Hermanas.

Verdaderamente que parecia insensible, pues nada la perturbaba su serenidad, ni las sinrazones, ni las injurias, ni los desprecios, que experimentaba en lo succesivo de sus domésticos, y à los principios quando aùn no era conocida, tambien de los estraños. Como apareció en el público con abito desusado, causando èste novedad, viéndolo en una India, el vulgo la silvaba como à simple, unos la tenian por hipócrita, otros le decian palabras burlescas, otros la reprehendian llamándola Beata embuste-

bustera, ilusa, y ceremoniática. El mundo hablaba, mas ella oía, callaba, y à nada se daba por entendida. Proseguia su camino ofreciendo à Dios aquellos ultrajes, y disponiéndose para otros muchos. Despues que con el tiempo, y la experiencia se hizo notoria su virtud, aùn los mismos que deseaban hacerla bien, la daban mucho que sufrir mortificándola, y haciéndola dar inutilmente muchos pasos. Solian decirla algunos labradores piadosos, que fuese á sus haciendas por limosnas de semillas para el Beaterio. Como la lisongeaban el gusto estas promesas, acudia prontamente *Salvadora* à las citaciones, y despues de haver tomado el trabajo de caminar no pequeñas distancias, la decían los Bienhechores, que volviera

otro

otro dia, despachándola sin la limosna prometida. Cierta vez anduvo cinco leguas para traër unas cargas de maiz, que la havia prometido un labrador su conocido. Tenia yá órden su Mayordomo de entregarlo, y con efecto lo entregó; pero estando yà *Salvadora* poniéndolo en sus Jumentos, salió la Señora, y llevando à mal aquella piedad de su Marido, llena de cólera, mandó vaciar otra vez en la troje los costales. A que *Salvadora* se allanò luego, y dió la vuelta á su casa tan gozosa de su jornada como si les traxera à las Beatas una grande provision para su gasto. Las ocasiones que se le ofrecian de irritarse contra tales personas, le servian à *Salvadora* para alabar à Dios, resignarse en su santisima voluntad, y hacer

méri-

mérito de la paciencia. La que à lo que parece quiso por sì mismo probar el Espíritu de las tinieblas, en una ocasion que iba *Salvadora* al pueblo de Apaseo. Hizòsele encontradizo un Ermitaño, y como que se hallase gravemente ofendido de *Salvadora*, mucha parte del camino fuè diciéndola ignominiosos oprobrios: que era una vagamunda engañadara, y deseosa de que todos la tuviesen por santa: que las Mugeres deben estar recogidas en sus casas, y no por los caminos à sus aventuras: que con què licencia andaba pidiendo limosna: y que aquel modo de vida, que havìa tomado era artificio para sus conveniencias. Empero *Salvadora* á imitacion del Salvador Divino, como sorda no oìa sus ultrajes, y como muda no

abrìa

abrìa su voca para volver por sì. A este tiempo se apartó de ella el Ermitaño, y entrándose por un pantano se enlodó un pie: mostróselo à *Salvadora*, diciéndole, venga acà la Beata artificiosa, à ver como me lava este pie sucio. Ella le respondió, que lo harìa como nuestro Señor Jesu-Christo lo havia hecho con sus Discìpulos. Con efecto acercándose à una azequia, que allì havia, puesta de rodillas hizo su lavatorio: mas el Ermitaño haciendo de ella mofa, tratándola de hypócrita, y añadiendo amenazas, se fué no dejándose vèr mas de *Salvadora*. El traje no visto en aquellos parajes, y el empeño de provocarla à ira dan bastante fundamento à discurrir, que aquel Ermitaño no era Persona humana, sino el Demonio, que qui-

so

so triunfar de su paciencia, y no lo consiguió, porque en *Salvadora* obraba la gracia, con la que supo vencer à los enemigos del espiritu que le hicieron guerra.

Si no es que siendo este Espiritu la misma soverbia, y *Salvadora* la humildad misma, le encendiò sus iras, y quiso vengarse de ella diciéndole apodos, que la lastimasen, y palabras indecorosas las mas sensibles, que la confundiesen. Lo cierto es, que *Salvadora* diò mucha guerra al Infierno con su profunda humildad, tan sólidamente radicada en su Alma, que no dió jamás entrada en ella al amor proprio, que facilmente excita pensamientos altivos, y engrie á los sujetos que despreciando al Mundo, predican desengaños con su

auste-

austero porte. El traje grosero, las palabras misteriosas, el manto de anascote hasta la cintura, el Rosario en la mano siempre, las visitas de enfermos, y asistencia à los Templos se concilian grande estimacion en el Pueblo. De donde se sigue, que venere como à Santas à las Mugeres que andan con este sobrescrito, socorriéndolas con limosnas, pidiéndoles sus oraciones, y dándoles en las concurrencias el lugar primero. Con este aplauso se les va insinuando la vana gloria al corazon, y pára la santidad en hypocresia. ¡O, y que lexos estuvo *Salvadora* de envanecerse con el aura popular! No se hacìa de ella cargo, ni jamás se le oyó palabra que redundase en su propria alabanza, ni se le viò accion que indicase altivèz.

vèz. Como discreto su Confesor para asegurarla de este peligrosisimo escollo la prevenia con desengaños oportunos, que la contuvieran en el conocimiento de su propria vileza. Si alguna vez insinuaba alguna apariencia de especial virtud, la contestacion era el desprecio, dándole à entender, que aquello era ficcion de su idea para figurarse santa, y que àpenas estaba en los rudimentos de la virtud. Con tales precauciones se mantuvo siempre *Salvadora* en un vilisimo concepto de sì, persuadida à que aprovechaba muy poco en la via espiritual; y por eso despreciando respectos de mundo, como se echaba à cuestas los cestos que traìa de la plaza, de la suerte misma cargaba en sus ombros los azes de leña que recogia, y los

cántaros de agua, que conducia de la fuente para el gasto de casa, especialmente quando havia de tomar baño alguna Hermana, que era doble el trabajo. Desde que se asentó el Beaterio se hizo lugar en el aprecio del comun, y viendo el vecindario su circunspeccion, y su sensillèz, le cobró mucho amor. En aquellos trabajosos principios el pan de las Beatas era de maiz, porque su pobreza no les permitia pan de trigo, y el agua que havian de gastar les havia de venir de su era. Pero conociendo esta necesidad las vecinas, pedian à *Salvadora* el maiz cocido para molérselo, y quitarle este trabajo. Asimismo los muchachos de aquella calle, quando iban por agua para sus casas, el viage primero echaban en el Beaterio por obsequio à *Salvadora*.

Quien no solamente en el vulgo, mas tambien en lo granado de la Ciudad, se conciliò no pocas atenciones: reclamò de algunos casos especialisimos, con que acreditò Dios su humilde sensillèz, y que siendo públicos, la hicieron célebre en Querétaro. Uno fué, que traìendo unas pollas, fruto de sus pasos, y hallando cerrado el Beaterio, por que yà era entrada la noche, las diò à guardar à una vecina devota, diciéndole, que luego á la mañana vendria por ellas. Recibiólas la buena Muger, y reconociéndolas à poco rato de ida *Salvadora* hallò una muerta. Comenzò á apurarse de la contingencia, mas una hija suya que estaba presente, para sosegarla le dixo, qué todo estaba compuesto con darle el real de su precio à *Sal-*

vadora, y comérsela. Eso no respondiò la Madre, yo le he de mostrar à *Salvadora* su polla muerta, y decirle llana, y lisamente lo que ha pasado. A otro dia vino *Salvadora* por su déposito, y haviéndole referido la depositaria el infortunio de la polla, sonriéndose *Salvadora* le respondiò, no está muerta sino entumida del mucho frio que hace: traela aca, y lo veràs. Traida la polla se la metiò baxo del rebozo con que se cobijaba, y calentándola con las manos, á poco rato saliò la polla viva, con espanto de la Muger, que tenía evidencia de que havia muerto, y ahora remanecìa viva. *Salvadora* no quiso apoyar la resurrecion de la polla: antes contradiciéndola, procuraba persuadir à la Muger, que aunque al parecer estaba

ba muerta, en la realidad no estaba si no entumida. Esta empero no pudiendo contenerse, divulgó el suceso como milagroso. Ni fuè menor el pasmo de otra Muger en cuya casa se hospedò una noche viniendo de fuera à la Ciudad; porque leyéndole el interior, le reveló el secreto que en su pecho guardaba. Entre otros trastos que traía *Salvadora*, vió la casera un limarcito muy precioso, que havia destinado *Salvadora* para plantarlo en su huerta, y enamorada del arbolito, hizo ánimo de entrampárselo para quedarse con èl. Al dia siguiente à la propartida de su huéspeda, haciéndose comedida, le fuè sacando sus envoltorios al patio de la casa, pensando que ofuscada con su composicion no echaria menos el limarcito,

to, lo escondiò donde no fuera visto. Pero quando asi lo pensaba la Muger, con buen modo le dixo *Salvadora*: *Quedate con el limarcito, no lo hurtes.* La Muger no pudo menos que correrse viéndose cogida en el hurto. Al paso de su corrimiento creciò su admiracion, no pudiendo negar que la santa India le havia adivinado su mal intento. Asi lo refiriò ella misma muchas veces, siendo pregonera de la virtud de *Salvadora*: como lo es hasta la presente, una Señora de distincion, en cuya casa nunca havia entrado *Salvadora*. Una tarde pues, se entrò en ella impensadamente, y estrañando la Señora tal visita, la recibiò quizá con desagrado, por discurrir que su motivo sería alguna peticion. Acercósele *Salvadora*, y

abrazándole la cabeza le dixo: *Haga lo que piensa, y quedará sosegada.* Quedò asombrada la Señora, porque en la realidad todo aquel dia havia estado batallando con un pensamiento que la acongojaba, sin atreverse à executar lo que se le ofrecia, porque temia errar gravemente en la determinacion; pero viendo que le havia hablado al corazon *Salvadora*, se persuadió à que Dios le sugeria lo que havia de obrar, y proferir; y no dudando seguir su consejo, quedò con su execucion muy serena.

Otra Matrona tambien conspicua, Benefactora del Beaterio, tenia un pájaro, de estos que por las muchas voces que varìan, llama en su lengua el Mexicano *Senzontles*. Era todo su amor, y sus delicias, porque se señalaba entre

los demás de su especie, asi por la suavidad de su canto, como por los ecos que repetìa, remedando à los animales asi domésticos, como montarazes; y haviendo de hacer un viaje fuera de la Ciudad, pensó que en ninguna parte quedaria mas bien asegurado su pájaro que en el Beaterio. Entregóselo à las Beatas con muchos encargos, pero no obstante, que èstas se esmeraban en su cuydado, sucediò que al disponerle la masa que havia de comer, la que lo cuidaba se dejó la jaula abierta, y logrando el pájaro la ocasion se saliò de ella, y usando de su libertad levantò el vuelo. Pasò la huerta toda del Beaterio, y se asentò en la coronilla de un árbol de la huerta vecina. Luego que se advirtiò la desgracia, comenzaron las Beatas à

apurarse clamando cada una á los Santos de su devocion, y enviando al dueño de la huerta (que era un buen Indio) en que el senzontle estaba muy gozoso por haver salido del cautiverio, en que lo havía puesto su infortunio, la jaula misma de su habitacion, le pidieron que usando de sus industrias lo reduxera à su clausura. El Indio hizo quantás diligencias pudo para el intento: mas el pájaro nunca quiso reconocer la jaula, perseverando en la copa del árbol, que havía tomado desde el principio. Ya llevaba tres horas de soltura, quando llegó de sus agencias *Salvadora*, y sabiendo la causa de la aflicion que oprimia á sus Hermanas, partiò prontamente à la huerta, en que havía hecho su mansion el pájaro. Entrò en ella;

ella, y careándose con el fugitivo senzontle, en alta voz le dixo: *Pajarito desobediente, què andas haciendo? Vuelvete à tu jaulita.* Lo mismo fué pronunciar *Salvadora* estas palabras, que flecharse el senzontle de su árbol, y entrarse en la jaula, que se le havía puesto á la vista, para que reconociéndola se restituiese á ella. Se le cerró la puerta, y fué traido al Beaterio, donde fuè recibido con especial júbilo de las Beatas. Este caso llenó de pavor al Indio, que corría las diligencias, y no acertando á hablar, quando las Beatas le preguntaban como se havía reducido á su jaula el senzontle: respondía alzando los hombros, arqueando las cejas, y cruzando los brazos, todo lleno de confusion con estas medias palabras: *Aqui*

la

la Madre Salvadora, sin pasar á delante. Causó grande regocijo à la Comunidad el hallasgo del pájaro; y *Salvadora* para disimular el influxo, que en èl havia tenido, à quien le preguntaba, respondía que el amor á la comida le havía hecho entrarse á la jaula. Corrió la voz de este suceso por la Ciudad; y atribuiéndolo todos al mérito de *Salvadora*, se confirmaban en el concepto que tenìan de su virtud, ni dudaban acudir en sus tribulaciones por el remedio á la santa India. Hizolo asi la Esposa del Capitan D. Joseph Velazquez de Lorea, sujeto bien conocido en todo el Reino por su integridad, y zelo, con que exercía el empleo de Alcalde de la Santa Hermandad, y Juéz de la Real Acordada contra los Salteadores de ca-

mi-

minos. Hallabase esta Señora de paseo en Querétaro, y haviéndose las criadas descuidado con unos candeleros de plata, no faltò uno de los entrantes, y salientes, que logrando la ocasion se los llevara. Luego que la Señora advirtiò el hurto, comenzò à afligirse, temiendo tener una gran pesadumbre con su Consorte, quando á èste llegara su noticia. Hizo varias diligencias por medio de los Comisarios del oficio para descubrirlo, valiéndose juntamente de los Santos, à quienes prometiò por el hallasgo de sus candeleros Misas, oraciones, y limosnas. Por último recurrió à *Salvadora*; y haviéndole expresado su apuracion, le pidiò encomendase à Dios aquel negocio. Dióle *Salvadora* buenas esperanzas, y respondiò lo que siempre, que

le

le encomendaban algun cuidado: que daría parte á sus Hermanas, para que estas negociasen con Dios el buen efecto que deseaba, y en que interesaban una arroba de cera para que le ardiese en su Capilla al Divinisimo, el Jueves Santo, por voto de la Señora, en caso de que se le restituiese el hurto. Puso al empeño de las Beatas el encargo, y haciendo ella tambien al Señor sus humildes confiadas súplicas, consiguiò que pasados ocho dias, por mano de un Religioso Apostólico volviesen los candeleros á su dueño. El suceso fuè por tres circunstancias especialisimo. La primera, porque nunca, ò rarisima vez se experimenta que tales ladrones de alajas manuales las restituyan: la segunda, que el ladron no se deshiciese quanto antes de

los

los candeleros, quando esta gente así por que no se halle la prenda en su poder, como porque ò su vicio, ò su pobreza les obliga, la malvarata en primera ocasion. La tercera, y principal, que estando el Capitan mui odiadado de esta canalla, por el conato con que la perseguia; una vez hecho el tiro se havia de complacer el ladron en el daño de tal sujeto, y no arrepentirse de lo executado. La Señora agradecida à *Salvadora*, luego fuè personalmente à llevar la cera prometida al Beaterio, y el Jueves Santo envió una persona de satisfaccion, su familiar con una rosa de mano muy lucida, para que haciendo sus veces sacara la llave del Sagrario. Despues de propósito fuè al locutorio una tarde, y delante de las Beatas

protes-

protestó el beneficio que havia recibido de Dios, por la interposicion de *Salvadora*. Lo mismo continuò por la Ciudad, no cesando de ponderarlo para crédito de su virtud. La que en caso semejante experimentò tambien un Clérigo vecino de la Villa de San Miguel el Grande: á quien viniendo para la Ciudad de Querétaro, robaron unos salteadores varias preseas, que traia de encargo. Acudiò à *Salvadora* para conseguir por medio de sus oraciones el hallazgo de su robo. Esta le asegurò, que pareceria, y con esta aseveracion quedò el Clérigo muy esperanzado, de que recuperaria sus robadas prendas. Al dia siguiente muy de mañana se las traxo á *Salvadora* un hombre, que parece era su conocido, diciéndole, que sin descu-

brir-

brirlo, se las entregara al Clérigo, á quien se havìa encargado su condicion. Partió luego que saliò á su limosna á la posada del Clérigo *Salvadora*, à quien hallò todavia durmiendo, y lo despertò con la buena noticia, de que le llevaba sus preseas. Agregado el testimonio de este Sujeto, à los demàs que van referidos en esta narracion, no hay duda que la fama de *Salvadora* era sobrado motivo para engreirla, pero ni sus estimaciones, ni sus aplausos le llegaban à el corazon; porque sin hacer aprecio de lo que pudiera lisongearle el oido, lo oía como si fuera una insensible estatua de piedra, en que la havía transformado su humildad.

Aunque sencilla *Salvadora*, no era tonta. Discurria delgadamente quando

do convenía: y si se le tocaba el punto de la providencia Divina, se afervorisaba hablando de ella de tal suerte, que confundia con sus razones á quien la provocaba: porque en pocas palabras decía mucho, y daba bien á entender su confianza en la Divina Misericordia. Ni se hacìa menos notable su capacidad la noche buena, en que festivas las Hermanas, celebran el Nacimiento del Niño Dios, recitando versos, cantando coplas, y haciendo algunas representaciones jocosas, que provoquen à risa. *Salvadora* como apasionada del Mysterio, se vià en la suya, y soltando las velas à su devocion, ideaba tales gracejos, que admiraban à las Hermanas; porque sin deponer su nativa mesura, prorrumpia en dichos agudos, hacia gestos

ridículos, y remedando las danzas pastoriles, tenia embelesado al auditorio, el que no pudiendo concebir como en una India Otomì, pudiese caber tal afluencia de acciones, palabras, y afectos, lo atribuia à su virtud: y era asi, que su humildad la desempeñaba en esta ocasion: pues David yá dejò dicho, que el testimonio Divino comunica sabiduria à los párvulos que son los humildes. Este testimonio es la Ley santa de Dios; y los que como *Salvadora* la observan, llegan à ser muy entendidos, aunque por su naturaleza sean mui rudos. Quando havia de hacer alguna especial diligencia, para no errar el tiro, usaba de grande astucia: porque buscaba el tiempo oportuno, prevenia el modo, y se hacia cargo de todas las

ocurren-

ocurrentes circunstancias, de suerte que nunca le fallaban sus discursos. En el telar era primorosa, sacando en el texido quanto havia concebido en su idea. Pero donde mas se luciò su habilidad ingeniosa, fué en los remiendos con que obsequiando á la santa pobreza, reforzaba su vestuario; porque deshaciendo los andrajos yá inservibles de sus hilachas, texia unos retazos del tamaño, y forma que los necesitaba, y venian tan justos à el lugar en que los zurzia, que no parecian supuestos. Esta era la vida de la bendita *Salvadora*, continuada por el espacio largo de veinte y seis años, en que perseverò constante dia à dia, sin descaecer en el trabajo, ni aflojar en la distribucion de sus santos exercicios, hasta el mesmo dia en que se rindiò al

 le-

lecho, herida de la maligna fiebre que la atajó los pasos: que como los de la mística esposa fueron á los divinos ojos mui hermosos: como que todós se dieron por obediencia, que era el norte por donde *Salvadora* se gobernaba. Con todo el bochorno del sol, subía hasta la Iglesia de la Santa Cruz, así para reconciliarse quando sentía algun peso en su conciencia; como para recibir las instruciones de su Padre Espiritual, que practicaba exâctamente. En el claustro nada hacía, sin el beneplácito de la Prelada, en cuyas manos estuvo siempre como un cadaver, que se deja mover â qualquiera parte sin resistencia: y teniéndose por criada de todas las Hermanas, â todas estaba sujeta: y todas la mandaban con imperio, sin que la buena

na de *Salvadora* se diera por sentida. Al Padre Capellan, y demàs Sacerdotes que trataba, reconocìa como á Christos de la tierra, oyendo como oráculos sus palabras, para obrar lo que de ellas concebía en el servicio de Dios. Fué asimismo pobrísima, y preciándose de serlo, despegó su corazon de todo bien terreno, sin querer admitir para sí algunos donecillos, que la ofrecían personas devotas. Su vestido era viejo, y con varios remiendos, su cama una tarima, su celda una choza estrecha de palma silvestre, lo bastante para abarcar su cuerpo, de suerte que la India mas miserable, y la mendiga mas necesitada no pudiera competir en pobreza con *Salvadora.*

Todo el discurso de su peregrinacion fuè una carrera, en que no parando

do el espíritu caminò siempre para el Cielo. Allà le arrebataba los afectos la Bondad Divina, esforzándose á amarla quanto podia, y deseando que los Hombres todos la amasen, haciendo en la tierra su voluntad, como la hacen en el Cielo los Angeles. Todas las virtudes, que refiere este compendio de su vida, eran reverberos de aquella su generosa caridad, que se asentó como basa en el principio de ella: y el fundamento de esta caridad, la fé que desde que alumbrò su entendimiento, la dispuso para que reconociendo á Dios, lo adorase como à Señor Supremo de todo lo criado. Y abrasando dócil todas las verdades que á su Iglesia revelò el Espíritu Santo, no solamente asentia à ellas firmemente con el entendimiento, mas tambien prácti-

camente con la voluntad, exercitando las virtudes proprias del Christiano: Huía de toda culpa, por no desagradar à el sumo Bien, en cuya presencia se consideraba, buscándolo ya con la oracion, ya con los deseos de que fuese conocido, y buscado como infalible verdad. Sabìa de memoria la Doctrina Christiana, y en teniendo ocasion, la enseñaba con singular complacencia á los ignorantes, con el fin de que hechos capaces de los dogmas católicos, creiesen los Soberanos Mysterios, que en ellos se contienen. Meditaba en los de nuestra redempcion, y teniendo sus delicias en el Niño Jesus, pasaba del Pesebre al Calvario, donde como si lo viera morir lloraba la muerte de un Hombre, que confesaba Divino. Visitaba frequente-

men-

mente el Mysterio que llamò Christo de fé en el Santisimo Sacramento, y diariamente lo recibìa, aún en los caminos, disponiendo sus jornadas, de suerte que pudiese llegar à las poblaciones intermedias, á tiempo oportuno de asistir al Sagrado convite, y alimentarse con el Pan del Cielo. Hacíase asimismo presente al incruento Sacrificio, no perdiendo jamás la Misa, la que oía arrodillada con toda devocion, y edificando á los circunstantes, con quienes concurría en los Templos que frequentaba. Y como esta misma fee, que era su guia, le monstraba tambien los premios que estàn reservados para los Justos, de aqui se animaba *Salvadora* á pedirlos confiada, y esperar firmemente de Dios la gloria eterna de los Bienaventurados.

Era

Era su esperanza un mar sereno, en que no movían olas los temores de su eterna desventura. El blanco de sus oraciones, penitencias, y ansias, era no perder à Dios eternamente, y como su conciencia no la remordía de culpa grave, esta la aseguraba de su eleccion para el Cielo, y tanto que estando ya para morir, quando el comun enemigo pone todos sus esfuerzos en provocar á desesperacion; ella festiva, y gozosa decía, que se iba à reynar con el Niño Jesus. Ni solamente esperaba de Dios bienes espirituales, esperaba tambien los temporales, fiada en la infabilidad de sus promesas. Por eso quando en el Beaterio ocurrìa alguna executiva necesidad, algun trabajo grave, ô algun empeño de cuidado, no se apuraba *Salvadora*, cier-

ta de que Dios como Padre amoroso havia de enviar el consuelo. Y asi sucedía, que como si lo tuviera de su mano, hacia Dios lo que su fiel Sierva prometía. Por eso como prudente Virgen, la halló con su lámpara encendida el Divino Esposo, quando vino à convidarla para sus bodas.

El anuncio fuè una general epidemia, que el año de 1762. enviò Dios à el Reyno, armada especialmente contra los Indios. Murieron estos à millares, quedando los Pueblos en muchas partes asolados. A mas de serlo *Salvadora* sè hallaba muy quebrantada de salud, con el trabajo de su ministerio, y austeridad con que trataba su cuerpo, aún en su mayor edad. Estando asi aparatada facilmente cayò en la red de la muer-

te con especiales circunstancias: por
que el dia siete de Agosto, en sana salud
fué â el Colegio de la Santa Cruz, no
tanto para purificar su Alma en el san-
to Sacramento de la Penitencia, y reci-
bir el Divinisimo de la Eucharistía;
quanto para despedirse del Reverendo
Padre Fray Juan de Arrisibita, que ha-
via sido su Confesor diez y seis años,
diciéndole, que ya instaba su resolu-
cion, y que no volvería â vèrlo otra
vez en aquel lugar. La misma noticia
daba à las Hermanas, aseverando que
ella les havia de llevar à todas la delan-
tera, siendo la que estrenara el Coro,
por no haverse antes sepultado otra en
aquel lugar; y que allí las iba à aguar-
dar como fundadora del entierro. El dia
trece caiò de romanía, de suerte que es-
tan-

tando en el Coro con la Comunidad, celebrando el quincenario de la gran Reina, precedente al dia de su triunfante Asuncion al Empireo, se sintiò tan fatigada, que huvo de recostarse en el suelo. Reconvinóla la Prelada, mandándole dejase aquella irreverente postura; y *Salvadora* con su acostumbrada humildad, y mansedumbre, la suplicó la permitiera estàr de aquel modo, porque esta serìa la vez última que asistiese à tan devota funcion. No pudiendo esconderse yá la enfermedad, se la hicieron prontamente las medicinas domésticas, y llamado el Médico, desde la primera visita declaró el peligro de la enferma, y ordenó, que ante todo se la ministrase el Santisimo Viático. Esta noticia que para los que viven á su liber-

tad, y en el tráfago del siglo es amarguisima, para *Salvadora* que estuvo siempre fuera del mundo, y haciendo la voluntad de Dios, la fué de gran consuelo. Resignada en la voluntad de Dios, mostraba una serenidad inalterable, fundada en el testimonio que la daba su buena conciencia: de suerte que pudo con el Apóstol decir: He peleado prósperamente, he consumado mi carrera, he guardado à mi Dios lealtad: en lo demás estoi esperanzada, de que en el Cielo me está preparada una corona de gloria. A las Hermanas que entraban à visitarla, las pedia humildemente que la enseñasen à disponerse para morir; y sugiriéndola algunas pias jaculatorias propias del intento: ella proseguia haciendo actos de fé mui viva, de esperan-

ranza firme, y ardiente caridad: exercicio que continuó todo el tiempo de su decúbito, interpolando coloquios tiernos à sus Santos devotos, y afectos muchos en que se desaogaba su corazon contrito, y las ansias de su encendida voluntad en el amor Divino. Fortalecida con el Pan Divino, que recibiò como Viático para la eternidad, pidió la extremauncion, que se la administrò entre lágrimas, y suspiros de las Hermanas, que rodeaban pesarosas la cama de la enferma: sentian la falta de la que havia sido Madre de todas, à quien debian en gran parte la subsistencia del Beaterio. Solamente *Salvadora* estaba serena, dando à Dios gracias, por haverla puesto en el seguro de aquel su amado claustro. Tomaba frequente-

men-

mente en las manos la Imágen de un Santo Crucifixo, que tenia à la cabezera, y careándose con aquel doloroso espectáculo, repetia sentidas expresiones, con que pedia à Dios misericordia, y les sacaba las lágrimas à los ojos à quantos la escuchaban. Auxiliándola varios Sacerdotes, que concurrieron à la voz de su peligro, à todos respondia su entereza, sin cesar de encomendarle su Alma al que la criò, y redimiò con su preciosa Sangre. En este último pasaje de su vida, diò admirables pruebas de su paciencia, llevando las fatigas de la ardiente fiebre, que interiormente la abrasaba sin quejarse, ni pedir para su alivio refrigerio. Mostró asimismo una grande obediencia, tomando sin resistencia asi los alimentos, como las medicinas,

cinas, que por órden del Médico se la aplicaban; y si siempre havia sido mucha su humildad, en esta hora descubrió sus quilates, juzgándose indigna de que las Siervas de Dios la estuviesen sirviendo en su curacion.

Tenia su corazon en el Cielo, ansiosa de vèrse entre los Angeles para alabar con ellos à su Reina. Visitándola el Padre Capellan en los últimos dias de su decúbito, la pidió que le cantara el villazinco de la Asuncion, con que la havian celebrado las Hermanas en el Coro, previniendo su fiesta; y haciéndose de el desentendido el Padre Capellan, por atribuir à delirio su peticion, comenzò *Salvadora* à entonarlo, y repetir la letra que decia: *Yá sube al Cielo Maria*: con este hecho se viò el Padre

dre Capellan obligado à proseguirlo por dar este gusto à la Enferma. A ratos deliraba, y sus delirios eran, que el Niño Jesus venia por ella diciéndola, que ya no queria que estuviese mas tiempo con las Beatas, sino que se fuese à reinar al Cielo en su compañia. Oyendo estas razones, y viendo la tranquilidad con que *Salvadora* moria, la Hermana Rosalia del Sacramento Carrillo, Beata de virtud mui sólida, la dixo que si se iba à reinar, se la llevara consigo, y no la dejara mas tiempo en este miserable destierro. Prometióla *Salvadora* venir por ella quanto antes; y parece que lo cumplió, porque el dia mismo que su Alma se desató del cuerpo, cayò en cama la Hermana Rosalia, y al onzeno de su enfermedad acabado su

destierro, se partiò en seguimiento de *Salvadora* al Cielo: donde la debemos considerar supuestas las infalibles promesas del Señor, su religiosa vida, y última disposicion para morir; á que siempre corresponde una muerte preciosa en los divinos ojos. Asi fuè corriendo en *Salvadora* sus periodos la fiebre, y estando cuidadosas las Hermanas que la asistian de su tránsito â juicio de de todas ya iminente en el décimo dia; *Salvadora* las dixo que no se apuraran porque no havía de morir, hasta de alli á dos dias á las tres de la mañana. Yo no sabrè definir si este prenuncio fué lo que llamamos corazonada, ò interior enteo que la movía. Lo que digo es, que se cumplió puntualmente: porque havìendo estado aquella noche que fué
lunes,

lunes, y la siguiente que fué martes con grande sosiego, y tanto que despidiéndose de las Hermanas, tuvo la àdvertencia de levantar à Dios los ojos, y decirle con voz clara, y enérgica estas palabras que les causaron especial ternura: *Señor ai te queda la providencia, ya yo hice lo que pude: en lo de adelante tu cuidarás de tus Esposas*; à las dos de la mañana del siguiente dia, que fué miércoles, su Confesor que la estaba asistiendo en esta última hora, se fuè à decir Misa, y quedando en compañia del Padre Capellan algunas Hermanas en la pieza donde estaba la Enferma, las demás que havìan estado en vela, se retiraron al Coro para oir Misa, y recibir despues de ella la Sagrada Comunion. Acabada la misa, diò el relox los

tres

tres quartos para las tres, y estando Comulgando las Hermanas, quando yá las tres de la mañana amenazaban â sonar, como que esta hora era el punto prefijo de su muerte, sin hacer demostracion alguna, terminó *Salvadora* su peregrinacion, siendo su muerte como previno David la del justo: porque cerrando como para dormir los ojos, tomó el sueño, y el Señor recibió en sus manos aquel Espiritu, que lo glorificó en la tierra con sus virtudes. Murió cumplidos los sesenta y un años de su edad, dejando como amada de Dios, y de los hombres, recomendada su memoria â la posteridad en bendiciones de alabanza. La conservarán agradecidas las Beatas Carmelitas de Querétaro, gloriándose de haver tenido

por

por su Compañera, y Hermana â una pobre India, quanto abatida por su miserable condicion, tanto por su virtud honrada, y atendida, asi de los domésticos con quienes vivió veinte y seis años, como de los estraños, que por todo ese tiempo tocaron los exemplos de su santa vida.

Fuè muy sentida en la Ciudad su muerte, especialmente de los devotos del Beaterio, que fueron acudiendo para dar los debidos pesames à las desconsoladas Carmelitas, á quienes consideraban huèrfanas, con la falta de la que havìa sido su Madre. Se le dispuso para hora competente el entierro, à que concurrió numeroso Pueblo llorando â la defuncta: tanto que à el poner en la sepultura el Cadaver, correspondiò con

la-

lagrimas, lamentos, y sollozos, como si *Salvadora* fuera Madre de cada uno. Luego que llegò la voz á los Indios, correspondieron con sentimientos, viniendo al Beaterio para consolarse. Hizòsele el funeral con toda decencia, contribuyendo á ella lo mas noble de la Clerecìa, y muchos Seglares del vecindario. Huviera sido mayor el concurso si lo contagioso, y maligno de la fiebre no huviera obligado á abreviar el oficio sepulcral, haciendose aquella misma mañana que muriò *Salvadora*: la que quedò depositada en el Coro al rumbo de la reja: esperando alli la voz del Archangel, para comparecer en el juicio universal, y condenar en èl à muchas Españolas, que preciadas de nobles, y entendidas, con mas

auxilios, luces, y alcanzes, no quisieron seguir el camino del Cielo, engreidas con los placeres del mundo, quando una desdichada India ruda, y despreciable, hizo en èl muchos progresos, que à lo que piadosamente creemos le avràn frutificado mucha gloria. Diòse pronta providencia para que copiada en un lienzo, se pusiese en el locutorio con esta inscripcion, que suple por el honorífico epitafio, que debiera gravársele en su sepulcro.

LA *Hermana* Salvadora de los Santos, *India Otomì*, *Donada del Beaterio de las Carmelitas de Queretaro, â las que sirvió veinte y seis años, solicitándoles dia â dia limosnas para su quotidiano sustento. Fué*

Fué verdaderamente humilde de corazon, pura asi en el cuerpo, como en el alma, y hoguera del amor Divino. Muriò la muerte de los Justos, cantando divinas alabanzas, el dia 25. de *Agosto, del año corriente de* 1762. *â los* 61. *cumplidos de su edad.* REQUIESCAT IN PACE AMEN.

Protesta del Author.

AUnque lo contenido en esta Vida, consta por testimonios de Personas verìdicas: mas como estos son falibles, protesto que no es mi ánimo darles mas crédito que el que se debe á la fé humana, dejando la calificacion de la Persona, virtudes, y milagros, al juicio de nuestra Madre la Santa Iglesia, conforme à los Decretos Pontificios que asì lo mandan.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.





